adornos y relumbrones, y de palabras sesquipedales y retumbantes. Cuando este abuso se comete, decimos que el estilo es *hinchado, hueco, campanudo*.

La afectacion denota falta de habilidad, y tiene siempre algo de ridículo. El estilo forzado nos da congoja, porque oimos balbucear al autor, sufrimos todos los tormentos que él sufre, y estamos con el ansia del que está presenciando difíciles y peligrosas suertes gimnásticas. La exageracion, además de la falsedad que encierra, supone cierto desarreglo de la fantasía. La hinchazon ofende mas todavía, porque nace muy frecuentemente de una estúpida actancia. Longino y Quintiliano comparan la hinchazon del estilo con la del cuerpo, diciendo que es indicio de falta de salud, y no de robustez.

§. 219.

El estilo afectado y el forzado son efecto muchas veces de la misma timidez y demasiada lima. En ambos defectos tropiezan muy á menudo los puristas, los que pretenden comunicar al estilo una precision matemática, los que no aciertan á dar un solo paso sin la muleta de las reglas. *Ubicumque ars ostentatur veritas abesse videtur*. (Quint., 2, 3.) Pero así la afectacion como la exageracion y la hinchazon proceden con mas frecuencia de la vanidad del autor, que por atender al aplauso echa en olvido el asunto. Unas veces, para ser armonioso, violenta la colocacion de las palabras; otras veces piensa dar nobleza al estilo, empleando voces cultas y anticuadas, ó alambicando los pensamientos; otras quiere ser elegante, y embute la frase de metáforas, comparaciones, epítetos y perífrasis, sin atreverse jamás á nombrar las cosas por su propio nombre; ora, por último, confunde la delicadeza con la oscuridad, la sublimidad con la hinchazon, la vehemencia y fuego de las pasiones con la exageracion frià é insoportable. La exageracion de los afectos es la mas ridícula, ya se finja lo que uno de nuestros escritores satíricos llama *sensiblería*, ya se pretenda agitar intempestivamente los ánimos á fuerza de interrogaciones, apóstrofes, exclamaciones y puntos suspensivos, dando el espectáculo de un loco metido entre personas de sano juicio.

Longino dice que Gorgias fué objeto de burla por haber llamado á Jérges el *Júpiter de los griegos*, y á los cuervos *sepulcros animados*. Lucano abunda en expresiones de esta clase, y abusa de la hipérbole hasta el extremo de decir que el cuerpo de Pompeyo puede llenar toda la campiña de Lago, *omnia Lagi rura tenere potest*, y que el nombre y extension del imperio romano son la medida de su tumba: *Romanum nomen et omne imperium magni est tumuli modus*. Censura Vida á los que por hablar metafóricamente llaman á la grama *crines magnæ genitricis*, y á los establos *lares æquinas;* y el mas zumbon y mordaz de los escritores del siglo pasado se mofa del boticario que para anunciar al público una nueva droga á tres francos la botella, dice *que interrogó á la naturaleza y que la hizo esclava de su ciencia*. Sabido es, por último, lo de *Acarrear las comodidades de la conversacion*, y lo de *No te apropincues á mi; que empañarás el candor de mi castísimo vulto*.

Las siguientes palabras de Montaigne, que difícilmente podrian traducirse al castellano, resumen cuanto pueda decirse de la naturalidad de la elocucion. *Si j'étais du métier, je naturaliserais l'art autant comme ils artialisent la nature.*

CAPITULO II.

DE LAS CUALIDADES ACCIDENTALES DE LA ELOCUCION, Ó DE LOS DISTINTOS GÉNEROS DE ESTILO.

§. 220.

Las cualidades esenciales son pocas y se distinguen por su carácter permanente; las accidentales son infinitas y variables: las cualidades esenciales constituyen el tipo fundamental de la buena elocucion; las accidentales constituyen los diversos géneros de estilo, sus diversas especies, y por último, el carácter ó fisonomía particular que generalmente distingue á los escritores notables (§. 21).

Así como la especie humana presenta un tipo general y constante que distingue al hombre de los demás seres, al propio tiempo que una variedad de razas, pueblos, familias é individuos; asimismo el estilo, sin traspasar los límites que esencialmente constituyen la buena elocucion, presenta una va-

riedad marcada de géneros y especies, y recibe, por último, el sello individual del escritor. *In oratione vero si species intueri velis, totidem pene reperias ingeniorum, quot corporum formas.* (Quint., xii, 10.)

§. 221.

La obra artística y el estilo que forma parte de ella, son á la vez efecto del arte y del artista. El arte impone sus leyes al artista sin privarle por esto de su independencia ni de su individualidad. Una de las cualidades esenciales de la elocucion es la oportunidad, y la oportunidad requiere que el estilo esté amoldado al asunto y al género literario de la obra.

De aquí las denominaciones de *sublime, majestuoso, humilde, gracioso, festivo,* etc., que damos al estilo por razon del sugeto ó materia de que se habla, y las de *poético, oratorio, histórico, didáctico,* para significar los caractéres que debe tener la elocucion de las obras *poéticas, oratorias,* etc.

Al tratar de cada uno de los géneros literarios, indicaremos el estilo que les es peculiar.

Quum sit autem rhetorices atque oratoris opus oratio, pluresque ejus formæ, sicut ostendam; in omnibus his et ars est et artifex: plurimum tamen invicem differunt; nec solum specie, ut signum signo, et tabula tabulæ, et actio actioni, sed genere ipso, ut Græcis Tuscanicæ statuæ, et Asianus eloquens Attico. (Quint., xii, 10.)

Recuérdese lo dicho respecto de la originalidad (§. 206).

§. 222.

Pero sin faltar á las condiciones esenciales de la buena elocucion, ni á las que imponen el asunto y el carácter de la obra, todavía le queda al escritor un campo extenso donde puedan desenvolverse con toda libertad sus facultades. Y como todo lo que rodea al hombre influye mas ó menos directamente en el modo de manifestar sus conceptos; por esta razon, al paso que en el estilo se refleja la fisonomía moral del escritor, tambien se refleja mas ó menos vagamente el carácter de las épocas y de las naciones.

Bajo este concepto, así como decimos estilo *pindárico, ciceroniano, gongorino,* para significar el carácter peculiar que distingue á Píndaro, á Ciceron y á Góngora; decimos tambien estilo de tal ó cual época literaria, estilo *lacónico, ático, oriental, provenzal, afrancesado,* etc. Cuando la literatura se desenvuelve espontáneamente en un país, sin que venga á perturbar su natural desenvolvimiento la heterogénea mezcla de elementos extraños, tanto en el estilo, como en el lenguaje, encuéntrase profundamente impreso el carácter nacional. La pureza del estilo es algo más que la pureza del idioma. Si no hicimos mérito de la pureza del estilo al tratar de las cualidades esenciales de la elocucion, es por considerarla como embebida en todas ellas, y por reconocer ademas las gravísimas dificultades que ofreceria su exacta apreciacion.

§. 223.

Siendo infinitas las cualidades accidentales que pueden modificar la elocucion, vamos á fijarnos solamente en las principales, y en las que determinan géneros de estilo muy marcados y generalmente reconocidos por la crítica. Bajo este supuesto, hablarémos: 1.° *del estilo cortado* y *periódico;* 2.° *de la concision* y *abundancia;* 3.° *de la energía;* 4.° *del estilo vivo, vehemente* y *patético;* 5.° *de la sencillez;* 6.° *de la elegancia;* 7.° *de la magnificencia* y *sublimidad;* 8.° *del estilo familiar, jocoso, satírico, humorístico;* y 9.° *de las denominaciones que aplicaron al estilo los retóricos antiguos.*

I.—ESTILO CORTADO Y PERIODICO.

§. 224.

Se llama *cortado* el estilo cuando en él predominan las cláusulas breves y sueltas, y *periódico* cuando la mayor parte de las cláusulas son extensas y periódicas, ó verdaderos períodos. Tanto la armonía del lenguaje como la variedad del estilo aconsejan entrelazar las cláusulas breves y sueltas con las extensas y periódicas; pero sin faltar á esta regla, y recordando lo que se dijo en el tratado de la armonía imitativa, debe ponerse muchísima atencion en no faltar á la conveniencia del estilo con el asunto. El estilo cortado es propio de la enumeracion, de la descripcion, de las narraciones rápidas, de los momentos en que la

pasion nos arrebata; el periódico es propio de la discusion tranquila, de la amplificacion y de los asuntos elevados en general.

Ciceron, que generalmente se presenta como el mas perfecto dechado del estilo periódico, en su primera *catilinaria* dió muestras de que sabia prescindir de la oracion numerosa, y comunicar á la frase un movimiento rápido y animado, cuando así lo requeria la naturaleza del asunto. El estilo periódico tiene siempre algo de artificial, y si no se emplea con cautela, degenera muy fácilmente en afectado y frio. El estilo cortado, cuando es sentencioso y profundo, aumenta la gravedad de la sentencia; cuando está dispuesto con cierta simetría, realza, como en los Libros sagrados, el carácter poético de la elocucion. Pero cuando los pensamientos son triviales y prosáicos, el estilo mal llamado bíblico es afectado y ridículo.

II. — CONCISION, ABUNDANCIA.

§. 225.

La *concision* consiste en expresar muchas ideas con pocas palabras.

Montaigne dice que la energía condensa el pensamiento; mas exacto seria atribuir este efecto á la concision. La concision, lo mismo que la precision (§. 200), puede depender de la sentencia ó de la frase. Los pensamientos profundos, las imágenes muy vivas y oportunas, dicen mas de lo que literalmente suena. Si estos pensamientos é imágenes abundan en el escrito, si se omiten las digresiones é ideas accesorias, las deducciones, las transiciones y todo lo que, no siendo esencialísimo, pueda considerarse como adorno ó medio de amplificacion, la concision del estilo será un resultado de la economía en los conceptos é ideas. Pero á esta concision de la sentencia se agrega la concision del lenguaje, cuando se eliminan todas las palabras que, por la virtud elíptica del idioma, pueden omitirse sin faltar á la pureza ni á la claridad.

Tanto la concision como la precision son cualidades de la elocucion, del estilo ó de la expresion, si se quiere; pero no se confunda esta voz con la voz *lenguaje*, porque en este caso nos formariamos una idea incompleta, así de la concision como de la precision.

Aunque las voces *laconismo* y *concision* sean por muchos reputadas como

rigurosamente sinónimas, el uso establece entre ellas una ligera diferencia. La concision no se opone á la extension material del discurso; el laconismo sí. Decimos que una contestacion es lacónica cuando, además de ser concisa, consta de pocas palabras.

Tampoco debe confundirse el escritor conciso con el sucinto ó compendioso; pues no basta saber resumir ó compendiar, para merecer el renombre de conciso.

§. 226.

Despues de lo dicho, fácilmente se comprenderá cuán distinta es la concision de la precision. La precision es una cualidad esencial, y por lo mismo, cuanto mas preciso sea un autor, tanto mejor será su estilo; la concision es una cualidad accidental, prenda excelente y distintiva de los grandes escritores, muy recomendable cuando es oportuna, pero muy digna de censura siempre que las circunstancias del asunto ó del auditorio requieran amplificacion y abundancia.

Algunos autores colocan la concision entre las cualidades esenciales, porque entienden por estilo conciso aquel en que no se emplean palabras inútiles, y por consiguiente toman esta voz en un sentido distinto del nuestro.

Generalmente se hace tanto aprecio de la concision, porque encerrando el pensamiento en poco espacio, aumenta el valor intrínseco de la obra, y solo puede ser fruto del genio ó de una meditacion muy profunda. El autor muy conciso, parece que nos coloca en elevadísimas cumbres, desde las cuales, con la celeridad del rayo, recorre nuestra mirada las mas vastas llanuras.

§. 227.

La *abundancia* (*copia dicendi*) es en ciertas ocasiones indispensable para la claridad; porque los oradores concisos y profundos no están al alcance de todo el mundo. Los pensamientos profundos y el estilo conciso, fiando en la capacidad del lector, dejan que por sí mismo penetre y adivine lo mucho que se calla, y muchas veces es necesario decirlo todo. Las comparaciones, las descripciones, la enumeracion, las digresiones, todas las figuras cuyo principal objeto es la elegancia del estilo, las figuras patéticas, en una palabra, la amplificacion oratoria, recreando la fantasía y moviendo los afectos, además de aligerar la atencion

por medio de la variedad, aclaran el sentido, supliendo en cierto modo la inteligencia de los lectores. Principalmente en los discursos pronunciados, puede ocurrir que no baste ilustrar y amplificar un concepto, sino que tambien sea preciso volver á él despues de haberle dejado, para que se note su relacion con las ideas del momento, ó para que se grabe mas fuertemente en la memoria.

El poeta ó el orador que se vanagloriase de preferir una expresion lacónica, pero débil, fria y descolorida, á otra expresion menos concisa, pero mas brillante, mas graciosa ó mas enérgica, no seria económico, sino miserable; y absteniéndose de lo supérfluo, se privaria de lo necesario. (MARMONTEL.)

De la abundancia debe decirse lo mismo que de la concision y de todas las cualidades accidentales: *Ne quid nimis.* Tito Livio y Ciceron pueden presentarse como modelos de abundancia; Persio y Tácito son verdaderos dechados de concision: ninguno de estos autores falta por lo general á la precision.

§. 228.

El estilo figurado no se opone siempre á la concision. Favorecen notablemente la concision algunas figuras patéticas, las que consisten en la supresion de palabras, y sobre todo, los tropos y las imágenes. Así como en el estilo figurado cabe la concision, es tambien muy posible que el sencillo peque por redundante y difuso. La sencillez y la concision son dos cualidades distintas.

Tampoco deben confundirse con el estilo conciso el cortado ni el sentencioso. Este, como su nombre lo indica, es el estilo recargado de sentencias; y aunque la sentencia supone brevedad en la expresion, puede, sin embargo, ser difuso el estilo, tanto en la manifestacion de los pensamientos no sentenciosos, como por razon de las frecuentes repeticiones.

En cuanto al estilo cortado, es cierto que se hermana mejor con el conciso; así el periódico es mas propio de la amplificacion; pero se concibe sin dificultad un estilo á la vez cortado y difuso, como tambien puede concebirse la concision ajustada al estilo periódico.

En muchos libros de la *Biblia*, el estilo, además de cortado, es á un tiempo conciso, figurado y sentencioso. A veces las frases de un autor son muy concisas, y su estilo es difuso. Séneca y Ovidio presentan en su estilo esta aparente contradiccion. El P. Mariana ofrece indudablemente, como todos los autores de talento, algunos modelos de concision como los que cita Capmany y otros que podrian añadirse; pero bastará recordar la mayor parte de las descripciones y arengas de su *Historia de España*, para conocer que mas quiso imitar la amplitud de Tito Livio que la profunda y nerviosa concision de Tácito.

III. — ENERGIA.

§. 229.

Se llama *enérgico* ó *nervioso* el estilo cuando produce en el ánimo una impresion viva y fuerte, de tal modo, que parece que los conceptos han de quedar esculpidos para siempre en la memoria. Si las ideas pasan y se desvanecen sin apenas fijar nuestra atencion y sin dejar en el ánimo ninguna impresion buena ni mala, el estilo se llama *flojo, débil, lánguido, soporífero.*

La voz *energía* indica la mucha *eficacia* de la impresion. Los autores que distinguen los pensamientos y sentimientos fuertes de los enérgicos, ó no se entienden, ó consideran dos grados de una misma cualidad.

§. 230.

La energía del estilo depende no menos de la estructura del lenguaje que de la manera de sentir y concebir. Es indudable que si un orador concibe y raciocina con fuerza y siente con mucho calor, se expresará tambien con energía, pero en las composiciones escritas, en que ni la voz ni el gesto contribuyen á revelar la fuerza interior del alma, basta la mala colocacion de las palabras para destruir todo el nervio de la elocucion. Los pronombres, los adjetivos demostrativos, las voces expletivas, el pleonasmo en general contribuyen poderosamente á la energía de la diccion, pero nada la enerva tanto como el uso vicioso del mismo pleonasmo.

El uso del demostrativo aumenta la energía de las siguientes frases: «No hablaremos de aquel Vitelio que, encenagado en torpezas...»—«No permitiré

que por alargar cuatro dias esta mi cansada vejez.....»—«Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad.....»

En las siguientes producen el mismo efecto las voces expletivas y el pleonasmo: «Esto sí que es sufrir.»—«Yo lo digo.»—«Tú lo verás.»—«Ya nos veremos.»—«¡Qué! ¿Hemos de padecer siempre?»—«Y ¿no ha de confesarlo nunca?»—«Calla esa boca.»—«Has de tocarlo con tus propias manos.»

§. 231.

Para conocer cuánto influye en la energía la acertada colocacion de las palabras, inviértase el órden de una frase ó de una cláusula bien construida, y se verá cómo pierde la mayor parte de su vigor. Si se trastruecan las siguientes palabras de Virgilio: *Navem in conspectu nullam*, la imágen se debilita y queda completamente ofuscada. Todo el arte consiste en hacer resaltar lo mas importante, en obscurecer lo accesorio, en cercenar lo inútil, en manifestar la relacion de unas ideas con otras, y en aumentar gradualmente el interés.

Añádase á todo esto el efecto de la armonía imitativa, que por medio de los sonidos ásperos y fuertes, y de las cláusulas breves y cortadas, puede contribuir tan directamente al nervio de la expresion.

En mecánica para graduar el valor de una fuerza resultante no basta sumar todas las fuerzas simples; es preciso tener en cuenta su direccion. Lo mismo sucede con la colocacion de las palabras en la cláusula: una palabra puede llegar á destruir el efecto producido por otra, de la misma manera que se debilitan ó destruyen dos fuerzas en direcciones encontradas. En cuanto á la armonía imitativa, es preciso no caer en el abuso de algunos autores, que con amontonar muchas erres y con truncar á cada momento la frase creen haber dado al estilo todo el nervio de que es capaz.

§. 232.

La imaginacion, haciendo visibles los objetos, haciéndolos palpables, es una de las causas mas poderosas de la energía del pensamiento; y por esta razon, los epítetos, los tropos de palabra, algunos de los de sentencia, las figuras pintorescas, y sobre todo, la hipérbole, comunican tan varonil robustez al estilo. Y como el que concibe con energía toma un vivo interés por el objeto, y

siente y se expresa con ardor y eficacia, todas las figuras patéticas, y especialmente la interrogacion y la apóstrofe, aumentan extraordinariamente el vigor de la expresion y del raciocinio. El mismo efecto producen entre las figuras de palabra la disjuncion, la conjuncion y la repeticion.

Cuando el pensamiento se aisla en las regiones de lo abstracto, cuando ni la imaginacion ni el sentimiento no pueden tomar ningun interés por el asunto, será dable aspirar á la claridad; de ningun modo á la energía. «Una demostracion matemática, dijo un filósofo del siglo pasado, no puede recibir mas ó menos evidencia, mas ó menos fuerza; solo puede alargar ó abreviar el camino, ser mas ó menos complicada, mas ó menos clara.»

§. 233.

Finalmente, la concision, concentrando toda la fuerza del pensamiento como en un punto, acrecienta de tal suerte el vigor de la elocucion, que muchos confunden el estilo nervioso con el estilo conciso y cortado. No obstante, si bien es indudable que coinciden muy frecuentemente estos diversos caractéres del estilo, no lo es menos que la energía se compadece muy bien con cierto grado de amplificacion, y que muchas veces, como en la repeticion, en la conjuncion, en la enumeracion y en el pleonasmo, nace la fuerza del discurso de la misma superabundancia de la expresion.

Tito Livio, en medio de un estilo lleno y amplificador, conserva bastante energía.

§. 234.

La energía no es una cualidad esencial del discurso, como lo han creido algunos autores, por no distinguirla suficientemente de la claridad. Es cierto que el estilo nunca debe ser débil, que nunca debe estar destituido del calor y nervio que consiente ó exige el asunto, porque en este caso se faltaria á la conveniencia de la elocucion; pero en muchas ocasiones la energía seria un defecto gravísimo. Hay materias que exigen blandura en los afectos y suavidad en las expresiones, y no se aviene con estas cualidades

la energía, que supone siempre mayor ó menor grado de aspereza.

Por esta razon, los autores que aspiran al dictado de enérgicos, que desdeñan la elegancia y la armonía, caen fácilmente en un estilo escabroso y duro, sacrificando á la fuerza de la expresion otras cualidades no menos importantes. En pintura y en música se nota con mas evidencia lo que acabamos de observar. Las pinceladas valientes y enérgicas que, revelando tanta firmeza de imaginacion como seguridad de pulso, caracterizan de un solo golpe un objeto, son el mas peligroso escollo de los pintores medianos.

IV.—VIVEZA, VEHEMENCIA, ESTILO PATETICO.

§. 235.

La *viveza* y la *vehemencia* del estilo nacen ambas de la sensibilidad. Se llaman *vivos* los pensamientos, los afectos y el estilo en general, cuando están penetrados de un calor suave que les da animacion y movimiento: todo el mundo siente y reconoce la viveza de un escrito, pero es imposible definirla claramente ni determinar sus causas; es el fuego del alma del escritor que, semejante al calor en lo físico, se trasmite por ignorados medios al alma de los lectores. La *vehemencia* manifiesta, digámoslo así, un exceso de vida. Se llama vehemente el estilo cuando se precipita con ímpetu al reiterado impulso de la pasion y de la sucesion rápida de las ideas, que se agolpan y hierven en el espíritu, pugnando por desbordarse al exterior. Quintiliano le compara con el torrente que arrebata las piedras y las rocas. Son contrarias al estilo vehemente todas las figuras que no tengan otra mira que el ornamento del discurso, así como la estudiada armonía de la frase y la pompa del período. Antes bien le distinguen las cláusulas cortadas y rápidas, y todas las figuras patéticas.

La viveza, lo mismo que la energía, se confunde con mucha frecuencia con la claridad, porque, tanto la viveza como la energía, dan luz á los objetos, y vice-versa, la claridad y vigor del estilo aumentan la animacion é interés del discurso. Tampoco se deslindan generalmente con mucha precision el estilo enérgico, el vivo y el vehemente; pero cuando usualmente hablando decimos que la fisonomía del hombre debe ser enérgica, que están llenos de viveza

los ojos de un niño, distinguimos perfectamente el sentido de entrambos epítetos. Tampoco confundimos al hombre de carácter vivo con el de carácter vehemente.

§. 236.

No siempre los afectos se derraman con vehemencia en el discurso; á veces se insinuan blanda y suavemente en el ánimo, llenándole de vaga melancolía, ó arrancando lágrimas de ternura, ó ensanchando el corazon de placer. Se da el nombre de *patético* en general al estilo en que predomina la mocion de afectos, ya dulces y sosegados, ya enérgicos y fogosos. La suavidad y ternura del estilo, purificadas en la dulce llama de la piedad y de la caridad cristiana, reciben en materias religiosas el nombre de *uncion*.

La voz *patético* se toma á veces en un sentido mas concreto, y como sinónimo de tierno, lastimoso, melancólico; y en este sentido decimos tambien *sentimientos patéticos, música patética*.

§. 237.

La viveza y vehemencia del estilo, cuando guardan consonancia con la materia del discurso, hacen mas interesante la elocucion, la primera produciendo una emocion agradable y blanda, y la segunda agitando fuertemente los ánimos, y arrastrando las voluntades por medio del triunfo de las pasiones. Pero en asuntos que exijan frialdad y calma, la viveza puede convertirse en afectacion, y la vehemencia en desapacible y fastidioso tono declamatorio.

V.—SENCILLEZ.

§. 238.

La *sencillez* excluye todo lo que tenga visos de ornato; así pues, damos el nombre de sencillo al autor que, contentándose con la claridad y la correccion del estilo, no solamente prescinde de los adornos brillantes y movimientos apasionados, sino tambien del elegante artificio en la colocacion y armonía de las pala-

bras. Para que el estilo sencillo pueda interesarnos, es preciso que el fondo de la obra tenga mucha importancia propia. Es uno de los estilos mas difíciles, porque deja al descubierto los menores lunares del pensamiento y de la diccion, y se convierte fácilmente en árido, áspero y pesado.

Diferénciase el escritor árido del escritor llano en que el primero desecha todo ornato ó ignora en qué consiste; el segundo no lo desecha, pero tampoco lo busca.

El estilo sencillo comprende los que llama Blair estilo *llano* y estilo *limpio*, considerándolos como dos grados intermedios entre la aridez y la elegancia. Este mismo autor entiende por estilo sencillo el opuesto al afectado, y por consiguiente el natural y fácil. La facilidad es la prenda que mas nos cautiva en el estilo sencillo; por cuya razon la palabra sencillez puede emplearse, como la empleó Blair, en sentido de naturalidad. El estilo sencillo, aplicado á objetos de grande importancia, recibe el nombre de *austero* y *grave*: «es la manera con que habla un hombre profundamente ocupado en negocios árduos y de la mayor entidad.» Como se dirá mas adelante, el estilo sencillo es el mas congruente para la expresion de lo sublime.

VI. — ELEGANCIA, ESTILO FLORIDO.

§. 239.

Es *elegante* el estilo cuando está adornado con todas las galas de la imaginacion, al tiempo que recrea dulcemente el oido con la armoniosa coordinacion de las palabras. El escritor elegante no se contenta con trasmitir claramente el pensamiento; se propone además agradar, embelleciendo la expresion con las hermosas imágenes que le sugiere la fantasía y con todos los recursos del arte. En la elegancia van comprendidas la *gracia*, la *belleza*, la *finura*, la *delicadeza* de los pensamientos, imágenes y afectos.

La elegancia no se limita á la «hermosura que resulta al estilo de la pureza, propiedad, buena eleccion y colocacion de las palabras y frases»; porque depende tanto ó mas del pensamiento que del lenguaje. La elegancia (*eligere*) no es mas que la eleccion de los adornos, dirigida por el buen gusto; ó, como algunos autores han dicho, es el resultado de la precision y del ornato.

§. 240.

Llámanse bellos en general los pensamientos, imágenes y sentimientos que producen en el ánimo una impresion blanda y placentera. La impresion de lo bello, tranquila siempre, no es inconciliable con la ternura de los afectos ni con la tristeza misma, suave bálsamo del corazon, que le llena á veces de vago y misterioso encanto. La *gracia*, que á la idea de lo bello añade las de viva animacion y ligereza, conmoviendo suavemente el pecho, comunica al labio una apacible y grata sonrisa. Es todavia mas indefinible que la belleza; es el *molle atque facetum*, que tanto deleitaba á Horacio, al contemplar las pinturas campestres del autor de las *Geórgicas*.

No debe confundirse lo festivo ó jocoso con lo gracioso. Uno de los cuadros mas graciosos que ha imaginado la poesía es el del espanto del niño Astyanax, al asustarse del penacho de su padre. Es graciosa tambien la imágen que encierra la siguiente estrofa:

Junto al agua se ponia
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pié se mojaba.
(Gil Polo.)

Y la siguiente de Virgilio:

Malo me Galatea petit, lasciva puella,
Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.

Anacreonte es el poeta mimado de las gracias; algunas veces le imitaron felizmente nuestros poetas, como puede verse en el romance de Cadalso:

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina, etc.

Bello y tierno, sin que pueda llamarse gracioso, es el siguiente pasaje de Garcilaso:

Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios
Sin miedo y sobresalto de perderte.